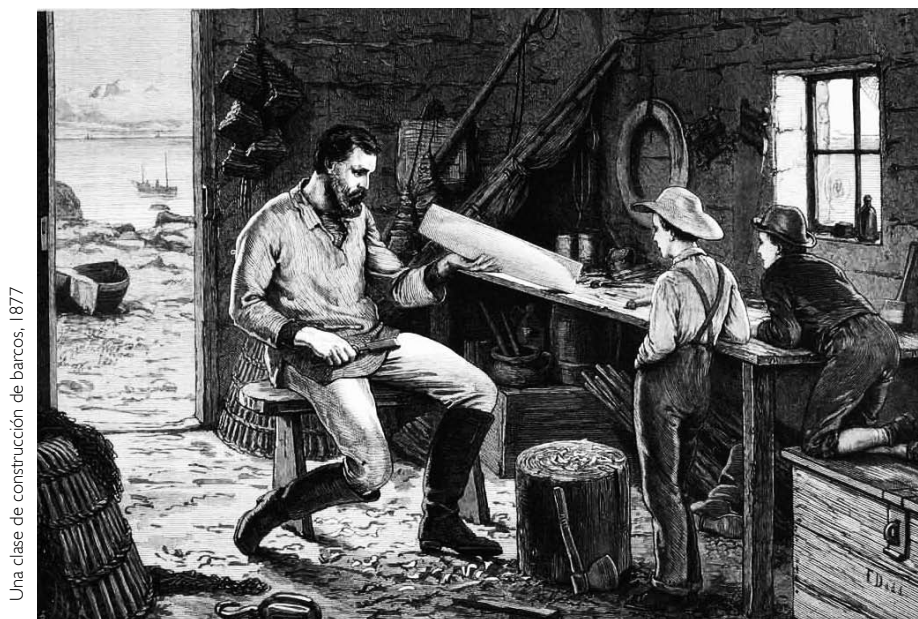


Los latidos

Conrado J. Arranz



Una clase de construcción de barcos. 1877

*Los rodeaba el aire, ese país sin posible geografía
“La soledad”, Dios en la tierra*

José Revueltas

SUENA EL TELÉFONO EN LA QUE, durante muchos años, fue mi propia casa, suena, “me estoy tiñendo el pelo”, dice mi madre, leo, no recuerdo aquel libro, de una manera urgente suena. La que durante muchos años fue mi mujer no sé en ese momento en qué lugar se encontraba, aunque mi presencia allí sólo cumplía el trámite de una visita a la casa familiar, suena el teléfono y debo ser yo el que debe recibir la llamada. ¿Cuál es el sonido del silencio?, se podrían preguntar al otro lado mientras me dicen que si somos los familiares de don Diego de la Hoz, debemos acudir al ambulatorio, suenan sus preguntas: “¿me ha escuchado?”, quiero preguntar —pero no alcanzo—: ¿está muerto?, mis latidos, sus latidos, tonos al otro lado, han colgado,

al parecer se ha perdido la llamada, mi silencio exige que sólo haya sido un sueño, debemos acudir al ambulatorio, mi madre ya tiene el pelo negro y me mira con preocupación, busca en el teléfono la última llamada, “quién fue, dónde está tu padre”, sólo puedo observar su nervioso pero silente ritual, el que cumple sin realizar más preguntas, haciendo sin hacer nada, el teléfono ha quedado encendido y suena un timbre continuo, una llana espera para que alguien marque un número, un número que permanece desconocido para nosotros, debemos ir a Madrid, al ambulatorio.

“Su marido ha sufrido un paro cardíaco”, le dicen a mi madre, mientras le dan en una bolsa sus pertenencias, lo que llevaba consigo en el momento

exacto en que su corazón marcó otro ritmo, un ritmo que estoy seguro que quiso, por un momento, volver hacia atrás, pero el mundo siguió girando, durante esos segundos, en la misma dirección, aunque ya no es el mismo espacio para nadie. Fuera, una sala de espera minúscula, con apenas tres personas sentadas en ella, nos miran a la vez, miradas compasivas, buscan a mi madre, enjuician mi aparente frialdad, sabemos que su cuerpo está a la espalda de donde nos obligan a sentarnos hasta que el médico pueda salir a explicar, silencio, nadie habla cuando los hechos se imponen, en mi familia nadie habla tampoco cuando éstos se exponen. Recuerdo que ese día hacía un mes desde que comunicara a mi familia que me habían otorgado una beca de investigación para México, en realidad sabíamos de esa posibilidad —más bien de esa intención— desde hacía mucho más tiempo, pero era un tema cuyo dolor obligaba a olvidarlo sin siquiera tener la posibilidad de presentarlo, ¿cómo se olvida algo que permanece aún como no dicho? “Cuántos son”, “somos dos”, “está bien, pueden pasar a la sala de quirófano”, un reloj, lo primero que veo nada más entrar en la sala quirúrgica, un reloj que hace click-click para medir el paso del tiempo, un ruido que está encima del cuerpo de mi padre, él nos mira con extrañamiento y con una camisa azul de hospital desabotonada, lo primero que nos muestra son los efectos del desfibrilador, le han tenido que depilar parte del pecho y paradójicamente el dibujo emula dos ventrículos separados, el reloj tiene manecillas metálicas que dan saltos cediendo a la gravedad, “ha faltado poco”, nos dice, “aquí mismo la vi, hablaba suavemente, me llamaba por mi nombre: Diego, es tu hora ya. No quiero, pero la luz era bonita, cálida”, seguramente una luz como la que imagina una persona que está a punto de ser ciego, una luz que es exactamente contraria a la oscuridad del fin.

Siguieron las visitas diarias al hospital, estabas en la sala de cuidados intensivos, esperando el momento de entrar al quirófano para practicar un cateterismo. Apenas podíamos pasar de dos en dos, nosotros

somos tres, a veces aguardar en el pasillo se convertía en una tensa espera para poder verte, tenía libros que no entendía porque mi cabeza pensaba lejos, porque se acercaba el día en que el que tuviera que irse lejos fuera yo, y aunque llevaba una posible fecha de regreso, los dos sabíamos que ésta no era significativa de nada, que algo había allá, en México, que acá no encontraba. Entré, por fin, la primera vez a verte, papá, a aquella sala obscena, llena de aparatos, llena de pitidos molestos, llena de enfermos —algunos prácticamente terminales que se tapaban incluso la cabeza con las sábanas para parecer fantasmas—, gozabas de un lugar cercano a una ventana que mantenía la persiana cerrada, apenas algunos rayos traviesos jugaban a alcanzar tu rostro, yo no podía dejar de mirarte, todos esos cables de colores sobre tu cuerpo, tu mirada más ausente que nunca, regañando nuestra presencia, sólo querías llorar y nos culpabas de estar cerca, te pusiste rojo, los pitidos acortaron el tiempo y parecían acuchillar el espacio.

Saliste indemne, en parámetros de vida, y tuviste que afrontar el momento de mi despedida. Sólo esperaste a que embarcara el equipaje, pese a faltar tres horas para el vuelo. Me abrazaste fuerte, sentí tus latidos por última vez y me soltaste violentamente para dar media vuelta y salir de la terminal. Yo oraba al resto tu huída y no pude evitar el llanto al lado de mis amigos. El pitido —mi pitido sin ti— volvía poco a poco a su ritmo y me acompañaría a lo largo de todo el viaje hacia México.

Sabes, México D.F. parece un corazón encapsulado en un armazón metálico, es imposible no sentir sus latidos a cada paso, cuando en la noche oscura alguien te sigue, cuando las miradas se cruzan para interpretar sentidos, cuando alguien sube al camión para recitar un poema con los ojos cerrados, aquí escribo con el pulso del latido que me conduce al final de tus lejanos mensajes, mensajes que siempre terminan, por fin, en un te quiero, un te quiero que no es sino el agradecimiento por seguir aquí, aunque a miles de kilómetros de distancia. ▀